

# El Trabajo

Revista mensual de la Sociedad de Resistencia Obreros del Puerto de la Capital

SECRETARIA: AYOLAS 23

crs

UNION TELEFÓNICA 428

AÑO I

BUENOS AIRES, MARZO 1.º DE 1906

NUM. 2

## Políticos, hombres y gremios

La lucha que puede decirse recién se inicia entre nosotros, ha venido á revelarnos con la elocuencia abrumadora de los hechos, que hemos estado sumerjidos en las tinieblas del pasado, sin métodos positivos, sin orientación definida. Marchamos sin rumbo, impelidos por la brisa suave. Y esto es todo.

Por esto mismo hemos tenido que contemplar con amargura indecible, que al primer al-dabonazo que ha descargado sobre nuestra puerta la reacción, los hombres se achatan, la organización se descompone, se abre ancho claros en sus filas y se infiltran en ella poco á poco los comerciantes políticos. Así vemos á estos seudos amigos darles una *manito* á un gremio en lucha, que no ha mucho en las plazas Mazzini, Lavalle, etc., por sus órdenes,—ya que se llaman los representantes del pueblo,—hicieran saludar con el plomo y el acero pretoriano, ó ya haciendo valer su influencia en beneficio de un expulsado, por sus órdenes también, para permitirle la entrada al país, con el compromiso eso sí de retribución de favores. Son verdades estas, desoladoras, pero es necesario no callarlas; así vendrá más pronto el saneamiento.

Atravesamos, pues, como se vé, por un período de profunda descomposición social, y es tan grave el peligro que entraña esta descomposición, que parece que el espíritu público vaya á sumergirse en esta vorágine terrible, falto de ideales y de energía.

Las organizaciones obreras no han podido sustraerse á esta influencia del medio ambiente y en su seno se han dejado sentir sus primeros síntomas en la forma que hemos explicado acusando un principio de decadencia que es necesario combatir. La primera condición, pues, para el cumplimiento de esto, es tender á emancipar la conciencia individual de errores y prejuicios dejando el mayor campo de acción á los hombres que constituyen estas colectividades á fin de que su personalidad no sufra la influencia del caciquismo, que anula muchas veces las mejores energías.

Y necesario, es decirlo, esto no se ha hecho por más que se diga en periódicos y revistas lo contrario. Hay, más aún; y es, que el absolutismo ha prevalecido en muchas, absolutismo que ha destruido ó falseado los principios más ó menos liberales que tuvieron, mutilado voluntades, matado iniciativas, anulado personalidades, por ambición unas veces por ignorancia otros, por ambos á la vez las más.

Así vemos que los hombres dignos, austeros é incorruptibles estorban en las organizaciones de esta naturaleza, por que estos no saben transar con su propia conciencia, ni sacrificar sus ideales por el aplauso vanal de la muchedumbre que hoy aclama y mañana insulta, ni se saben amoldar tan fácilmente á las componendas humillantes de los protervos.

Los que creen que las organizaciones obreras han de seguir un curso tortuoso como las sinuosidades de un río de largo desarrollo, estos jamás han sentido latir una idea levantada y noble, jamás han amado á los que sufren. Los que militamos en los partidos avanzados y formamos parte por una ú otra causa en las instituciones obreras, tenemos el deber de señalar sus defectos y proclamar la verdad, pues, de callarla, sería hacernos cómplices de manejos que nos parecen contrarios á los fines de la organización que no podemos silenciar.

Estos medios completamente dañinos que se quiere encarnar en el espíritu de la masa, ya para el triunfo de una huelga como hemos dicho, ó ya para la consecución de una carta de ciudadanía, crea una situación peligrosa para la estabilidad de la organización, situación que puede agravarse por simple regresión psíquica del elemento que la constituye, dada que su educación es deficiente y en su espíritu susiste en estado latente la herencia psicológica del pasado. Es, pues, un mal más grave de lo que se cree, puás, esto conduce á la disolución de estos organismos obreros que encarrilado por otras vías, daría benéficos resultados para su causa y para la causa de la humanidad. Se marcha, pues, por caminos extraviados, reñidos con la razón y la lógica, caminos que es-

Int. Instituut  
Soc. Geschiedenis  
Amsterdam

tán en perfecto dualismo con nuestros principios y con los acuerdos de todos los congresos obreros realizados.

Esta situación equívoca y perjudicial creada por mal entendidas necesidades de la lucha, ó para conseguir una mejora inmediata pero ficticia, se vuelve amenazadora contra nosotros y esta amenaza sí que es real y verdadera por que ella viene á destruir nuestros principios, demoliendo así la obra que tantos esfuerzos ha costado.

En efecto; ¿quién es el que no ha condenado la mentira política y no se ha apartado de ella, como de la lepra, por el temor de su contagio? Y cuál es de las colectividades obreras la que no ha rechazado esta panacea? Cómo se explica, pues, este sesgo? Confecemos, pués, que ha sido un extravío lamentable, extravío, que si no nos apuramos á corregir puede tener ondas repercusiones en las filas proletarias con manifiesta mengua de nuestra personalidad, que huelga desde luego, dentro de estas organizaciones que, en vez de dignificar y elevar á sus componentes, los empequeñece y aplasta en aras de un negativo beneficio que, en último análisis, no hemos sabido conquistar.

Recapacitemos. pués, y si convenimos de que hemos estado en un error, que hemos cometido una torpeza,—porque este es el término, volvamos á la ruta que hemos abandonado por este extravío mental, fruto quizás del ambiente, pero no por eso menos censurable.

Es una cobardía y una vergüenza, que nosotros contribuyamos á fomentar la descomposición moral en nuestras filas, y seamos juguets de políticos sin conciencia, de estos mendicante del voto que prestarán mañana incondicionalmente su concurso á la reacción á fin de exterminar á los rebeldes, á los abnegados y á los dignos.

E. ALMADA.



## Páginas antimilitaristas

El antimilitarismo empieza á alarmar seriamente á los gobiernos; alarma que se traduce en cada acto, en cada medida tomada por estos para salvar la situación creada por esta propaganda. Así vemos, que en su anacónica ignorancia, arremeten briosamente contra los hombres de ideas avanzadas, queriendo ahogar en las ergástulas el grito poderosamente elocuente de ¡abajo el militarismo! que como clarinada sonora, lanzan á la faz del mundo civilizado, estos esforzados gladiadores de la libertad.

Para dar una idea del proceso de esta idea eminentemente humanitaria, transcribimos á continuación la hermosa defensa de Hervé, en el proceso incoado

en Francia contra él y varios otros dignísimos ciudadanos.

Señores jurados:

.....  
El gobierno no nos da todos los días, la ocasión de expresar nuestras ideas, casi siempre desnaturalizadas por reporters adversarios. Yo dejo á mi abogado la tarea de defender mi persona. Vosotros decís, que desde hace cuatro años, yo me entretengo en clavar la bandera en el estiércol. Mi amigo el abogado Lafont se encargará en demostrarnos cual ha sido mi vida. Por mi parte yo os haré ver en que consiste lo que se ha dado en llamar el «herveísmo», como si compañeros como Ivetot, y otros antes que yo, no hubiesen desarrollado las mismas doctrinas. Yo no he hecho nada más que traducir las ideas nacidas en la clase proletaria, aún cuando yo haya resultado un símbolo.

Esas ideas son nuevas. Ellas pueden ser chocantes para vosotros. Todas las ideas nuevas siempre en un principio producen un efecto chocante. El protestantismo es un ejemplo.

Nosotros merecemos la excomunión como los herejes de todos los tiempos, que combaten una religión. Hemos sido los fieles. En un tiempo fuimos discípulos de Deroulede. Se nos había inculcado esta religión desde la cuna, cuando no teníamos ningún espíritu crítico. Con una educación semejante se puede llegar á ser un sabio como Pasteur, pero hay un rincón del cerebro, aquel en donde la madre ó el sacerdote han derramado á manos llenas la leyenda, que permanece cerrada y que impide toda discusión.

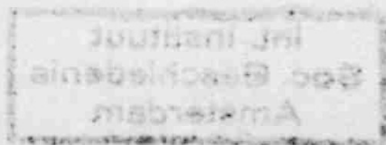
Al rededor de la mesa paterna, cuando niño yo oí hablar de atrocidades alemanas; de la Francia refugio de las libertades, y nuestros padres y madres nos daban soldaditos de plomo, sables y tambores. Nos hicieron patriotas.

En las escuelas, los libros que se nos hacía estudiar, escritos por los charlatanes del patriotismo, representaban el soldado francés como el eterno soldado del derecho, lo mismo el soldado del Palatinado, como el de las guerras de Napoleón. Nosotros contemplábamos lleno de admiración los grabados que los ilustraban, rebotando odio al extranjero, é idolatría por el sable.

Cuando jóvenes, los grandes diarios hacían un culto de patriotismo y cuando de este modo ya formados, nosotros vemos pasar los regimientos, hay un despliegue de teatralidad que influye sobre nuestros nervios del mismo modo que la música del órgano sobre los devotos. Todos hemos corrido para oír desfilar bajo los rayos del sol los instrumentos de matanza, jóvenes hombres destinados á absurdas carnicerías y cuando paseaba en la extremidad de un palo el pedazo de trapo que es la bandera, nosotros nos descubríamos devotamente.

Ah! yo sé que debo herir vuestra conciencia oficial de la cual el acusador se ha hecho intérprete. Pero creéis que Voltaire no hirió la conciencia de nadie?

Lo único que podéis preguntarnos, es si nosotros somos sinceros.



Y bien, nosotros hemos abierto los pliegues de esa bandera para ver lo que es la patria; lo que son todas las patrias.

Vuestras patrias se nos presentan compuestas de dos grupos de hombres: uno, sentado alrededor de una mesa, comprende los hombres menos numerosos, que comen bien, beben bien, trabajan alguna vez y realizan tan sólo un trabajo de dirección, agradable y noble: comprende á los hombres de las pitanzas, á las grandes cabezas de las administraciones, nuestros señores los ministros, el cuerpo de los abogados. Nosotros no nos sentamos en esa mesa. El otro grupo lo compone los pequeños negociantes aplastados por los grandes almacenes, los pequeños patronos aplastados por la fábrica, los pequeños agricultores y sobre todo la clase obrera, la masa de todos aquellos que para vivir no cuentan más que con sus brazos! Esa es la patria ciudadanos jurados!

Y el ciudadano abogado general, no quiere que se hable de clase! Dice que no existen clases! Verdaderamente! Nosotros sabemos como la clase burguesa ha hecho su fortuna y como es ella la que ha hecho los códigos en provecho propio, como ha sabido defender la propiedad y se ha preocupado tan poco del trabajo y del trabajador. Se sabe como se han hecho las leyes de ferrocarriles, las leyes militares, etc. La clase burguesa, durante un siglo, se ha formado una situación privilegiada, aún desde el punto de vista militar. Ella ha edificado su fortuna sobre el aplastamiento de los pequeños. Nosotros sabemos todo eso, y que la riqueza se halla en poder de algunos miles de zánganos.

«Pero, dice el abogado general, vosotros tenéis libertades todas las libertades de prensa, reunión, asociación, el jurado para juzgaros, los sindicatos profesionales, el sufragio universal». El sufragio universal! Qué es el sufragio universal? Oprimido, corrompido, roto por toda clase de presiones, por los grandes diarios en poder de los capitalistas que falsean sistemáticamente los hechos para fabricar á su gusto la opinión pública.

La libertad sindical, la libertad de palabra? Preguntadle al amigo Bouquet, qué significa eso. La libertad de prensa? Hemos aquí, en estos bancos, y ya no llevamos cuenta de los delitos de prensa que se nos atribuye. Que tenemos el jurado? Y acaso el jurado que está írente á nosotros se compone de iguales nuestros? Dónde están entre vosotros los de nuestra clase, los obreros, los que conocen y participan de los sufrimientos?

Se ve claramente que existen dos clases: la nuestra, la que está aquí en estos bancos de acusados, y la vuestra, la clase burguesa, la que nos juzga! Vos sois, señor abogado general, el abogado de oficio.

Que los de vuestra clase amen á la patria, es lo más natural. La patria es una madre para vosotros. Sí, ciudadano abogado general (*movimiento*). Sí, yo comprendo que á esta patria, no les seáis ingratos, que corráis á defenderla y que tratéis de arrastrarnos á nosotros, para que la defendamos. Vosotros necesitáis que seamos patriotas porque, si vuestra

patria es amenazada en Fourmies, en Limoges, en Nancy, en La Rochelle, donde ayer hubo otro asesinato cometido por los soldados proletarios, nosotros seamos los perro de guardia de las cajas fuertes patronales, con la venda del patriotismo sobre los ojos.

Las fuentes místicas y las fuentes interesadas de vuestro patriotismo de clase, las conocemos perfectamente. Soportad, pues que nosotros consideremos á la patria no como una madre, y al patriotismo como un atrapa bobos. Pero nosotros tenemos libertades!..

.....  
Cualquiera que sea la guerra, no obedecemos á la orden de movilización.

Declaramos que sí por cualquier pretexto, vosotros nos pedís el único bien que poseemos, nuestra vida, no os la daremos. Sabemos que no será sin riesgo. Pero eso no cambiará nuestra resolución.

¿Qué ganaremos con una guerra internacional?

La única guerra que nos puede ser provechosa, es la guerra civil, la guerra de *clase*, porque si triunfamos, sereis vosotros los que pagareis los platos rotos. Es la verdadera guerra para los proletarios.

Nosotros hacemos la guerra civil para tomar posesión de la riqueza social, que es nuestra, porque somos nosotros que la producimos. Nosotros pretendemos organizar una sociedad mejor que la vuestra, y de la que aprovecharán también vuestros hijos!

.....  
Señores jurados, esa es la declaración que quería hacer. Yo hablo, y lo habéis visto, sin ningún cuidado, para evitar la prisión, con muy poco cuidado, puede ser, de la libertad de mis compañeros acusados. Yo les pido que me disculpen.

No os pido, señores, que aprobéis mis ideas, no tengo tan ingenua pretención, pero estoy seguro que os marcharéis con la impresión de nuestras ideas, que forman un sólido cuerpo de doctrina, que tienen detrás para sostenerla, gente que no tienen fría la mirada y que no son un puñado solamente! ¡No es una opinión personal, señor abogado general, como lo habéis pretendido, es la opinión de sindicatos que cuentan con millares de adherentes, y á cuyos representantes habéis visto desfilar por la barra. Es por ejemplo, en nombre de treinta mil trabajadores leñadores, los siervos del bosque, que habló ayer, nuestro compañero Veuillat, secretario de la Federación Nacional de los leñadores de Francia.

.....  
Oh! es preciso que tengáis mucho valor para absolvernós. Tenéis que reaccionar contra la sugestión de todos los días, que se ha impuesto á vuestros cerebros por la lectura de vuestros diarios, los que hacen que vosotros nos consideréis como energúmenos que pasamos nuestra vida insultando á los oficiales y clavando la bandera en el estiércol...

Tendríais que exponeros á las críticas y reproches de vuestros amigos, que no os perdonarían el haber absuelto «al hombre de la bandera en el estiércol»...

.....  
¿No habéis comprendido que nosotros somos el

mejor freno para Guillermo II? No es á vuestros fusiles á quien teme él, sino á los fusiles de los socialistas alemanes, los camaradas que del otro lado del Rin hacen la misma propaganda que nosotros.

Todas, aún los más nacionalistas, quieren la paz, no es verdad? Deseariais que la alta finanza de vuestra clase capitalista arreglara sus cosas con la alta finanza de los países vecinos, por medio del arbitraje internacional. Pero vosotros decís: «Es un fastidio estos tribunales de arbitraje. Ellos arreglan las pequeñas cuestiones, pero cuando se trata de una gran cuestión, siempre se soluciona á cañonazos. El zar de La Haya hace como los otros.» Y bien, nosotros hemos encontrado, para vosotros, una receta á fin de obligar á los gobiernos, á todos los gobiernos, á que arreglen por medio del arbitraje sus conflictos.

Nuestra receta consiste en propagar, de cada lado de las fronteras, y particularmente en Francia y Alemania, nuestro grito de guerra á la guerra: «Mejor la insurrección que la guerra.» ¡Es á vuestros hijos como á los hijos del pueblo que le evitaremos la muerte horrible de los campos de batalla.

Si nos encerráis en una prisión y si, lo que es imposible, podéis impedir nuestra propaganda, temed que una guerra no venga, un día próximo, á destruir, en la flor de la vida á los seres que os son conocidos. Temed que la madre de vuestro hijo venga á deciros: «Desgraciado, ha habido hombres que, con peligro de su libertad, habían encontrado un medio para impedir que los gobiernos desencadenaran la guerra, que masacraran á mi hijo, y eres tú, miserable, quien los ha encerrado en una prisión!»

GUSTAVO HÉRVÉ.

## Perfiles revolucionarios

JACOBO ESTEFANOVICH

I

En verano de 1877, el distrito de Chiriguino estaba revuelto.

Los gendarmes corrían de una parte á otra como alma que lleva el diablo; los «stanovich» y el «ispravnik» no se daban punto de reposo. El propio gobernador acudió al lugar del suceso.—¿De qué se trata?—La policía, instruída por algunos sacerdotes que, abusando del secreto de la confesión, se habían convertido en delatores, tuvo noticia de que entre los campesinos se había fraguado una terrible conjura, á cuya cabeza figuraban los nihilistas, gente osada, capaces de todo. Pero no había medio de penetrar mejor los secretos de la conjura, porque los campesinos, sabedores de que se les había traicionado, tomaron la resolución de no volver á confesarse.—Entretanto no había tiempo que perder. La conjura se extendía cada vez más, según lo revelaban síntomas claros y alarmantes. Para no descubrirse á sí mismos en

estado de embriaguez, los conjurados se abstendrían de beber aguardiente, y en los municipios donde estaban en mayoría decidieron cerrar los *kabaki*, es decir, las tabernas donde se vende aguardiente, la única bebida espirituosa usado por el pueblo.—Era un dato infalible para reconocer los progresos del movimiento, y, no obstante, cada vez era más difícil descubrirlo y detenerlo.—Se practicaban pesquisas de todos géneros, se encarcelaba á centenares de personas, pero no se descubría nada.

Los campesinos no chistaban y ni aún el castigo les hacía despegar los labios. Era inminente una rebelión á mano armada. Súpose que los conjurados fabricaban en secreto picas—como los *sansculotte* de París—y que compraban segures y cuchillos. El *ispravnik* mandó instalar adrede una feria de hachas y cuchillos, para ver quien los compraría. Pero los conjurados adivinaron su intento y nadie se acercó á los puestos de venta.

Los policías estaban desesperados y no sabían á qué atenerse. Pero he aquí que una noche llegó á casa del *ispravnik* el dueño de uno de los *kabaki*, Konograi, y le declaró que había llegado á su establecimiento un campesino llamado Prikodko, que, rendido de fatiga, había bebido un vaso de aguardiente que le embriagó, pues no había comido durante el día. Hallándose borracho había gritado que en breve todo se iría á rodar, que había jurado ya y que había visto unos «papeles». Era indudable que el aldeano tomaba parte en el complot, y Konograi concibió entonces el plan de asociarse, por medio de Prikodko, á los planes de los rebeldes. Pero se requería un previo juramento y quería que el *ispravnik* le autorizase para prestarlo.—Este último no cabía en sí de gozo. Le autorizó á prestar todos los juramentos del mundo, le alentó y le prometió tierras y dinero. Poco después, Konograi prestó el juramento y Prikodko le mostró los «papeles», que indicaban el plan de la conjura.

Después de leerlos, Konograi se dirigió á su huésped y le dijo bruscamente:

—Oye, compadre; conoces los nombres y todo lo demás. Ahora escoge: ó vamos juntos á casa del *ispravnik* con estos papeles, y te perdonarán y te darán tdo el dinero que desees, ó eres hombre perdido, porque estos papeles puedo llevarlos yo solo.

Puesto entre la espada y la pared, el miserable, en vez de matar á Konograi, optó por traicionar á sus hermanos.

No lo sabía todo, pero su delación bastó para aniquilar á los conjurados. Al poco tiempo la policía estaba enterada del complot y conocía á los comprometidos, desde el primero al último.

Era un negocio peligroso. El número de los afiliados ascendía á unos tres mil y se extendía por diversas provincias; estaban organizados militarmente; la señal de la insurrección y de la guerra civil debía darse en breve, en una fiesta popular. Este maravilloso edificio fué construído en menos de ocho meses y fué obra de un sólo hombre. Ese hombre se llamaba Jacobo Estefanovich y había concebido un plan de un atrevimiento sin límites. Se hallaba fundado no sólo en las aspiraciones, sino también en los prejuicios del pueblo, al cual conocía á fondo, pues había pasado toda su juventud en medio de humildes campesinos. Su partido no le aprobó en absoluto y le abandonó en la hora decisiva,

Falló el intento. Poseedor de pruebas fehacientes, el gobierno detuvo á más de mil personas, y entre ellas á los jefes. Los demás huyeron. Algún tiempo después fué detenido Jacobo Estefanovich, cuando se dirigía á una reunión de los conjurados en compañía de su amigo Leo Duc. Pocos días antes había sido detenido el cajista que compusiera el «plan» y las «proclamas», Juan Bokhanovsky.

Pasaron meses en la cárcel de Kief y no tengo necesidad de decir si estarían bien vigilados.—Su proceso debía tener lugar en verano de 1878.

## II

Pasé aquel verano en San Petersburgo. Muy á menudo visitaba á la señora X; distinguida pintora, que militaba en nuestro partido. No tenía que hacer allí gran cosa, pues la señora X, aun cuando prestaba á la causa común importantes servicios, ocupábase principalmente en asuntos que no eran de mi incumbencia. Pero no había medio de resistir al encanto de su persona, elegante y artística, y á su conversación ingeniosa y llena de imágenes. Y no era yo el único de los ilegales que cometían aquel menudo pecado.

Así, pues, yo iba á su casa. Un día llegué más temprano que de costumbre, y como la señora no estaba allí, resolví esperarla. Poco después vino la señora R\*\*\*, que era muy amiga de los entusiastas de Kief, y á quien yo conocía un poco. Empezamos á charlar y así pasó media hora. De improviso sonó fuertemente la campanilla de la antesala. No podía ser la dueña, cuyo modo de llamar nos era bien conocido; tampoco se trataba de uno de los nuestros, porque todos nuestros amigos tenían una seña particular para anunciarnos su llegada. Sin duda era un agente de la autoridad.—Al fin vimos que era un ordenanza de telégrafos. El despacho venía dirigido á la señora X, pero la señora R\*\*\* lo abrió, cosa que no extrañé, porque conocía la amistad que las unía.

Pero he aquí que después de leer el telegrama empezó á batir palmas y dió otras señales de marcado regocijo.

Quedé como aturdido, porque conocía bien el carácter poco expansivo de aquella señora.

—¿Qué es?—pregunté.

—¡Mira, mira!—gritó enseñándome el telegrama.

Lo leí. Ví las señas y luego estas cuatro palabras: *Nació niño varón. Alegraos.* Y seguía la firma y nada más.

—¿Le gustan á usted muchos los niños—preguntó,—ó lo celebra por la madre.

—¡Pero qué madre ni qué niños!—exclamó la señora R\*\*\*, agitando la mano.—¡Han escapado de la cárcel!

—¿Quién? ¿Dónde ha sido? ¿Cómo?

—¡Son ellos! ¡Estefanovich, Duc y Bokhanovsky! ¡Los de Kief!

—¡Los tres!

—¡Todos, todos!

Entonces empecé, alborozado también, á batir palmas.

Algunos días después llegó una carta que anunciaba la próxima llegada de Estefanovitch y Duc á San Petersburgo.—Yo deseaba ardientemente trabar conocimiento con nuestros valerosos amigos, y especialmente con Estefanovich, á quien varias veces me había dirigido para tratar de asuntos relacionados con nuestra causa.

Supliqué al amigo encargado de ir á esperarle en la estación que, si era posible, lo trajese á mi casa la misma noche de su llegada.—Vivía con el pasaporte de un alto personaje, disponía de una habitación libre y estaba en buenas relaciones con mi patrona y el *dvornik* (portero). Por consiguiente, no había peligro alguno.

Esperé con ansiedad el día fijado. El tren llegaba á las diez. Ante todo, Estefanovitch debía ir á otro sitio para cambiar de vestido y *purificarse*, lo cual equivalía á despitarse á los soplones, en el caso de que le hubiesen atisbado en la estación del ferrocarril. Por eso no podía venir antes de media noche. Al dar las once, yo no podía contener mi impaciencia y consultaba sin cesar el reloj. El tiempo transcurría con lentitud sobrada.

La casa donde yo vivía estaba situada de tal modo, que no podían venir más que por una calle larga, larguísima. Salí para ver si llegaban.

Era una de aquellas mágicas noches blancas que constituyen una de las mayores bellezas de San Petersburgo, cuando la aurora y el ocaso se besan en el pálido cielo sin estrellas, por el cual se difunde una luz rosada, suave, sutil, fantástica, mientras doradas nubecillas se ciernen en el aire de encantadora transparen-

cia.—¡Cuánto me gustaban aquellas noches en los tiempos en que solo, en una pequeña *duschhubka* de un solo remo, paseaba por el inmenso Neva, entre la bóveda del cielo y aquella otra bóveda reflejada en las negras aguas, que parecía de una profundida sin límites!... ¡Y cómo empecé después á odiar aquellas malditas noches policíacas!—No había medio de salir á dar una vuelta: podía atraer las miradas de un soplón vagabundo ó de un polizonte que me seguiría hasta mi casa, lo cual me era poco agradable aquella noche.—Pero cuando dieron las doce y noté que nadie se presentaba, mi impaciencia se convirtió en esa cruel angustia desconocida para muchos hombres y que sólo siente el revolucionario ruso que todos los días, al separarse de su esposa ó de un amigo querido, no sabe si volverá á verles.—Hallábame embargado por los más tristes pensamientos, cuando diez minutos después de media noche, oí abrirse la puerta de la calle. Resonaron pasos en mi escalera. Fui á abrir. ¡Eran ellos!—Reconocí en seguida á Estefanovitch, porque mientras estaba en la cárcel los gendarmes le fotografiaron, como suele hacerse con los detenidos políticos. Después de su fuga, esas fotografías fueron distribuídas entre los agentes encargados de capturarlo, y algunas llegaron á poder nuestro.

Me arrojé á sus brazos sin decir palabra y le besé cordialmente. Después di las gracias á mi amigo y me fui con Estefanovitch á mi cuarto; me parecía increíble verle libre, ver á mi lado á un hombre que tenía ya la cuerda del verdugo al cuello y cuya muerte llorábamos todos.

Con tácito acuerdo empezamos á tutearnos y nos tratamos como viejos amigos. Recordamos nuestras antiguas relaciones. Me dijo que no esperaba encontrarme en San Petersburgo, porque en las provincias se creía que yo estaba aún en Ginebra. Conociendo los pormenores de su fuga, le pedí me explicase cómo había realizado el viaje, con las estaciones llenas de soplones que le buscaban.

Se sonrió y empezó su relato. Yo contemplaba á aquel hombre terrible, que, desafiando todos los obstáculos, sólo y sin más ayuda que su indómita energía, supo convertirse en árbitro absoluto de tantos millares de campesinos y que estaba allí para organizar y dirigir una sublevación tremenda. Era de mediana estatura y de complexión poco robusta, de pecho hundido y estrechos hombros. Físicamente debía ser muy débil.—Nunca he visto hombre más feo. Un verdadero semblante de negro ó más bien de tartaro: púmulo salientes, boca enorme y nariz aplastada. Pero era una fealdad atractiva. Sus ojos grises revelaban poderosa inteligencia. Su sonrisa tenía algo de ma-

lignidad y de mofa sutil, como el carácter de la raza ucraniana, á la que pertenecía. Cuando refería alguna pesada broma hecha á la policía, se reía de todo corazón y mostraba sus dientes, bellos y blancos como el marfil. Toda su fisonomía, sus cejas fruncidas y su mirada fría y segura expresaban decisión y al propio tiempo graó dominio de sí mismo. Observé que que al hablar no cambiaba el gesto de su cara.

Hablamos de nuestros amigos, á quienes había visitado durante el viaje, de los proyectos que le traían á San Petersburgo y de otras muchas cosas.

Che il tacer é bello si com'era il parlar colá dove era

Pude apreciar la rectitud de su juicio en muchas cuestiones, tratadas desde un punto de vista nuevo y muy práctico—y observé especialmente el gran conocimiento que tenía de los hombres, á quienes apreciaba según su valer, inclinándose siempre al pesimismo.

Al despuntar el alba, terminó nuestro coloquio, y nos retiramos á descansar por breves horas.

### III

Estefanovitch permaneció un mes en San Petersburgo. Nos veíamos con frecuencia. Tuve luego muchas ocasiones de tratarle y conocerle, ó, lo que es igual, amarle.—Era un hombre extraordinario y muy complicado, de agradable carácter y poderoso ingenio, uno de aquellos hombres que han nacido para prevalecer sobre los demás, como lo demostró en Chiguirino. Pero su fuerza no es la que va dirigida al objeto, como la bala de cañón al blanco, rompiendo ó derribando todo lo que á ella se opone; no: era una fuerza que se complacía en ocultarse, que se dobla para enderezarse luego. Se asegura de él y se cree que es muy astuto.—Es un hombre discreto, concentrado en sí mismo. Habla un poco y jamás perora en las reuniones públicas. Escucha siempre, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si durmiese. Nunca interviene en discusiones teóricas, pues las desprecia, y cuando se ve obligado á oír la lectura de un «programa» ó «memorandum» duerme de veras, como lo prueban sus ronquidos.

Hombre de acción exclusivamente, pero no de acción inmediata, como aquellos que se enardecen antes del combate. Sabe esperar. Tiene designios de gran alcance y el más hábil *organizador* que yo he conocido. Su entendimiento claro y eminentemente práctico, su carácter enérgico y sutil, su gran conocimiento de los hombres y del arte de tratarles, que le es tan familiar, le hacen muy apto para tan difícil tarea.—Por lo que se refiere á los hombres, es muy escéptica; pero al mismo tiempo capaz de sentir una amistad sincera sin límites.

Su amigo predilecto es L. D., de quien no se separa más que lo que le obligan á ello asuntos del partido, y entonces se dirigen mutuamente cartas larguísimas, que conservan cuidadosamente y que á nadie muestran, dando así materia á constantes burlas por parte de los demás amigos. No obstante todas las vicisitudes de su vida, jamás rompió las relaciones con su padre, viejo párroco de aldea, cosa arriesgada para un hombre que perturbaba á una ciudad entera cuando sabían que estaba en ella.—Le ama, le venera y habla de él á menudo; cuenta con placer anécdotas suyas y recita trozos de sus cartas, que demuestran su rústica inteligencia y su natural sencillo y bueno.

STEPNIAK.

(Sergio Krawchinsky).

## Jesucristo nunca ha existido

La fábula de Cristo produce tanto que sería necio advertir el engaño á los ignorantes.

León X

### INTRODUCCIÓN

Una nueva primavera agita la vida humana; es la primavera de la edad positiva que se inaugura bajo un doble aspecto: por una parte, ó sea en el campo moral, éste yace aun bajo un fuerte estrato de hielo y tinieblas invernales, y las nuevas ideas, fecundadas por el saber positivo, encuentran obstáculo fatal á su desenvolvimiento en el rancio bagaje tradicional de las falsas ideas formadas por la educación religiosa que sobrevive por virtud de la fuerza de la inercia, como bien repara Haeckel, y está en contraste con todo cuanto la ciencia viene descubriendo—contraste que se manifiesta en las *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, descritas por Max Nordau, y en el *Siglo Tartufo*, diseñado por Mantegazza;—pero por la parte opuesta, es decir, en el campo de la ciencia positiva, ésta ha demolido para siempre y ha deshecho el bagaje de la superstición, del dogma y del apriorismo escolástico, para fecundar con la potente energía del progreso material las venas del cuerpo social, y para reconocer como únicos guías de la sociedad, el pensamiento libertado, la razón humana hecha autónoma, la ciencia positiva armada del método experimental.

Lo que aquí es verdad, allí es aun error; lo que aquí es bien, allí es mal aun; lo que aquí es relativo y progresivo, allí es todavía absoluto, necesario é inmóvil: lo que aquí constituye la base del progreso, el conocimiento, allí está excluido todavía, porque reina soberana la fé; lo que aquí infunde aliento á los ánimos hacia todo mejoramiento, la libertad, allí está aun conculcada, porque reina soberana la autoridad.

Ya es tiempo de restablecer la unidad del mundo

moral y del mundo material, del pensamiento y de la acción, de lo ideal y de la realidad, porque una es la vida é idénticas son las leyes que gobiernan el mundo físico y el mundo moral.

Basta, para ello, aplicar á la ciencia moral, aun en la infancia, los métodos que han hecho triunfar la ciencia positiva, es decir, la libertad en la investigación, experimentalismo como instrumento, y el racionalismo como sistema.

Es preciso hacer tabla rasa de todas las creencias tradicionales para conservar tan sólo los materiales que resistan la crítica, y abandonar los restantes á su destino, haciendo entrar aquellos únicamente, con los que la experiencia y el examen vayan elaborando, en la construcción del nuevo edificio moral, que debe coronar el soberbio, espléndido, inmortal edificio de los descubrimientos positivos y de útil aplicación, que la ciencia viene levantando ha tiempo con actividad cada vez más intensa y febril, para que de la unión de entrambos monumentos nazca el nuevo Templo: el Templo de la Humanidad.

Animados por tal orden de ideas hemos aplicado nuestra modestísima obra al examen de las dos veces milenaria creencia en Jesucristo, partiendo en nuestra labor del punto á que han llegado ya la crítica histórica, la exégesis bíblica, la ciencia mitológica y la teoría de la evolución aplicada á la investigación de los orígenes naturales del cristianismo.

Este examen, emprendido desde luego sin concepto alguno teológico ó antiteológico, sólo por amor hacia la verdad, encamínase á la conclusión de que Jesucristo no ha existido nunca.

Ya la crítica histórica había reparado el silencio de la historia acerca de Cristo, y señalaba como sospechosos los pasajes de algunos pocos historiadores profanos de aquella época, á quienes era poco menos que forzoso inclinarse en favor de la existencia histórica del pretendido fundador del cristianismo, mientras la exégesis bíblica había reducido el Antiguo Testamento á una obra en gran parte apócrifa y sugerida por la casta sacerdotal para edificación de los fieles. Otro tanto venía haciendo respecto del Nuevo Testamento, dejando en pié bien poca cosa de lo que se quiere hacer pasar por histórico.

Por otra parte, la ciencia mitológica, ayudada por la filología, por la arqueología y por los descubrimientos de los viajeros, había afirmado que las leyendas, los mitos, las narraciones y los preceptos del Antiguo y del Nuevo Testamento no son más que variaciones hechas sobre las leyendas, mitos, narraciones y preceptos de la misma naturaleza pre-existentes al cristianismo, sobre todo en China, en la India, en Persia, en la Mesopotamia y en Egipto.

Estas investigaciones y estas críticas, por no citar las primeras sectas heréticas ni las protestas de la filosofía pagana, especialmente de Celso, que conmovieron á la Iglesia, triunfante, comenzaron con el Renacimiento italiano, continuaron con la Reforma, y llegaron á su apogeo en Francia con los filósofos del siglo XVII, y en Alemania con los críticos y con los sabios del siglo XIX.

Los estudios acerca del cristianismo habían llegado á tales alturas, cuando Inglaterra perfeccionó y estableció científicamente, con Darwin y con Spencer, la verdad de la teoría de la evolución que, llevando hasta la evidencia las leyes de la Naturaleza, del pensamiento y de la historia, se presenta como el argumento supremo, como la linterna mágica que con sus rayos deslumbradores nos hace comprender, nos explica é interpreta el curso de las relaciones humanas y el progresivo desenvolvimiento de las instituciones y de la sociedad. Y aun cuando no había sido todavía reducida á sistema científico, la teoría de la evolución aplicóse ya con mucha antelación, y en especial por Vico, Leibnitz y Condorcet, á la historia en general, y, especialmente, por Tindall, al cristianismo mismo.

Tindall, en su *Cristianismo antiguo como el mundo*, habíase ya adelantado á los más avanzados entre los modernos, demostrando, hace dos siglos, que el cristianismo no era producto de revelación alguna, y que, antes al contrario, era el resultado necesario de un conjunto indescifrable de factores diversos, que debían influir en la determinación de la esencia, la extensión y la eficacia del sistema religioso cristiano; que éste era la consecuencia necesaria de los hechos que le precedieron y del ambiente en que nació cuando la humanidad estaba sumida en sus dolores, juicios, aspiraciones y esperanzas más ó menos quiméricos; que éste, en fin, debía desaparecer cuando las circunstancias todas á las que debió su existencia cambiaran radicalmente.

Pero sólo cuando la teoría de la evolución dominó soberanamente en el campo de la Naturaleza, logró vencer la tradicional y fetichista veneración hacia el Sagrado entre los Sagrados, hacia el cristianismo, en suma.

Entonces fué cuando los espíritus positivos no pudiendo admitir por más tiempo nada sobrenatural en la ciencia moral, como tampoco se admitía en las ciencias físicas, se dedicaron á explicar naturalmente el origen y el desenvolvimiento del cristianismo. Esta fué la labor precisa y primordial de Ernesto Havet.

El resultado de la crítica histórica, bíblica y mitológica por una parte, y de la aplicación de la teoría de la evolución al cristianismo por otra, fué el de empequeñecer ó inutilizar la persona de Jesucristo, mientras á fines del siglo XVIII Dupuis y Volney, fundándose en la teología comparada y en la explicación heliosística del mito de los Dioses Redentores, habían ya negado con poderosa adivinación llena de la mayor cultura, la existencia humana.

Pero su juicio no fué aceptado por la crítica, no ya porque no fuese justo, sino porque ésta no había madurado todavía lo suficiente; así como los mitólogos que vinieron tras de ellos, con todo y acumular las pruebas de la identidad mitológica de Cristo con Cristna, con Budda, con Mitra, con Oro, etc., ó sea con los Dioses Redentores de la antigüedad, no osaron negar en absoluto la persona de un Jesús hebreo, contentándose con rodearlo unos de un engrandeci-

miento legendario, otros de una deificación mitológica, y unos terceros, en fin, con ambos á la vez. Y como partían todos ellos en el examen del objeto de sus inestigaciones, de uno ó varios puntos de vista parciales y unilaterales, en lugar de apoyarse y completarse recíprocamente, destruían la obra común, echándose en cara el punto de vista del contrincante, y acabando por eliminarse todos juntos.

No se oculta, pues, que mientras la interpretación evolucionista baste para explicar el origen y la formación del cristianismo con el aditamento de preciosos materiales puestos á su disposición por la mitología comparada, si bien excluyendo la presencia de Cristo, y mientras la crítica bíblica é histórica ha reducido á su más ínfima expresión las fuentes mismas de la creencia en Jesús, la presencia de éste permanece como último obstáculo para la completa explicación del cristianismo, según el método científico.

Ahora bien, los únicos misterios, ó mejor los únicos puntos oscuros que permanecen aún sin explicación en el cristianismo—y no son pocos!—son los que derivan de la pretendida existencia de Jesucristo. ¿Cómo conciliar, por ejemplo, dada la existencia de Cristo, la misión de conservar el mosaísmo que él se atribuye (aunque el mosaísmo fuese apócrifo basaba que Jesús creyera en él para que se arrogara aquella misión) con la opuesta de destruir lo que por otra parte se atribuye?

¿Cómo explicar el hecho de que Jesús, nacido y criado entre hebreos, hijo de un oscuro artesano, ignorante en la literatura griega, según atestiguan sus mismos pretendidos discípulos, conociera los libros de Platón, conforme le imputa Celso, al dirigirle nuestra pregunta Orígenes, quien, por otra parte, no se cuida de conciliar el hecho de la ignorancia helénica de Cristo con el de que en el cuarto Evangelio, especialmente, Cristo hable como un discípulo de Platón, como un Filón, porgamos por caso?

Ernesto Renán, el novelista incomparable, pero injustificado, de Cristo, ante el problema planteado por Censo, no contesta mejor que Orígenes: «Reconocemos, escribe, en el cristianismo una obra excesivamente completa para que sea la labor *de un hombre solo*; creemos, antes bien, que en ella *ha colaborado la humanidad entera*.

«... Jesús ignoraba, en suma, el nombre de Budha, de Zoroastro, de Platón: no había leído ningún libro griego, ningún *sutra* búdico, y, sin embargo, reunía en sí más de un elemento que SIN QUE ÉL MISMO LO SOSPECHARA (!), procedía del budismo, del parsismo, de la sabiduría griega, intervenciones que se realizaban por CANALES SECRETOS, *por esas simpatías existentes entre las diversas partes de la humanidad (!)(1)*.»

Cuando hombres de la valía y de la poderosa inteligencia de un Renán se ven obligados ante la incompatibilidad de Jesús con la explicación del cristianismo, á recurrir á los argumentos apuntados, dignos tan sólo de un faquir indio, ó de un astrólogo medioeval, ó de un *medium* del espiritismo embau-

(1) E. Renán, Vida de Jesús. Cap. XXVIII.